



## CATEQUESIS DIA 26 – TRATADO [208-212]

Nos toca meditar hoy, último día de la tercera parte de esta preparación, parte que está dedicada al conocimiento de María Santísima, en otras características de Nuestra Madre Celestial que manifiestan su especial ternura para con sus hijos y esclavos.

San Luis sigue desglosando la historia de Jacob y Rebeca, para que podamos mejor conocer a la Virgen bajo la luz de estos personajes tan importantes del Antiguo Testamento.

Nos llama siempre mucho la atención ver cómo san Luis quiere ser muy explícito, y hasta a veces un poco redundante, en el hecho del especial vínculo que existe entre esta Madre Santísima y su hijo devoto. Insiste constantemente que, gracias a este vínculo de especial amor, son innumerables los bienes que se siguen. Y lo hace con la intención de convencernos que semejante devoción y dedicación a Nuestra Madre es cosa de lo más divina y conveniente. Teniendo tal oportunidad y ocasión para granjearnos bienes tan estupendos del Cielo, ¿cómo es que dudamos a veces de consagrarnos por entero a María Santísima? ¿Cómo es que tantas veces no le somos fieles o nos olvidamos de ella?

San Luis quiere convencernos, pues si no nos mueve la dignidad y grandeza de María Santísima a hacernos sus eternos esclavos de amor, que al menos nos incentive a esto, los infinitos bienes que se obtienen de tal devoción. Y a su vez, mientras enumera estos bienes, san Luis ilumina más la persona y misterio de la Virgen María.

Hoy nos toca meditar sobre estos bienes que la *Nueva Rebeca* da a sus nuevos *Jacobs*.

1. Dice el santo de Montfort, que María **alimenta** a sus hijos, lo cual es muy obvio. Toda madre alimenta a sus hijos, con la leche materna; sin embargo, con María es diferente. Ella nos alimenta con su Hijo, que es el Pan que da la vida. Nos da «el fruto bendito de su vientre», a través de este santo fruto, nos sustenta, nos da las vitaminas necesarias para no caer en la enfermedad del pecado. Esta devoción a María Santísima es reparo cierto contra el pecado. Mientras más nos acerquemos a Nuestra Madre Celestial, más estaremos seguros de vencer las tentaciones, porque seremos fuertes y robustos en el espíritu, gracias al alimento que nos proporciona Nuestra Madre.

2. También dice san Luis que la Virgen nos **conduce**, tal como Rebeca guiaba a Jacob hacia la bendición de su padre Isaac. María Santísima es guía, es norte. Ella es la «*estrella del mar, que conduce a todos sus fieles servidores al puerto de salvación*» (VD, 209).

«Estrella del mar» es un título muy antiguo de la Virgen María que incluso se deriva de la etimología de su nombre. Según el hebreo, el nombre de María, o sea, Myriam, significa *luz sobre el océano*, como remarca san Beda<sup>1</sup>. Sto. Tomás de Aquino

<sup>1</sup> Cfr. *Catena Aurea*. Comentario a Lc 1, 27.



también habla de este significado cuando comenta la oración de la avemaría. Dice así: *María Santísima «escapó a la maldición del pecado, dio a luz la fuente de la bendición y abrió la puerta del cielo. Por eso su nombre es María, que significa “estrella del mar” (stella maris), pues, así como la estrella del mar guía a los marineros hacia el puerto, así María guía a los cristianos hacia la gloria»*<sup>2</sup>.

Al gran san Bernardo de Claraval tanto le gustaba llamar a la Virgen con este nombre de estrella del mar, que escribió una hermosísima oración que hasta el día de hoy es muy conocida. San Luis María también cita esta oración en la cual se nos exhorta a mirar a esta estrella celestial que nos guía con su ejemplo y consejos. Dice en esta oración san Bernardo: *«¡Oh tú que te sientes lejos de la tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y de las tempestades, si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta Estrella, invoca a María! [...] En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud»*.

Esta última frase es muy importante: *«no te desvíes de los ejemplos de su virtud»*, porque indica cómo es que nos guía la Virgen María... ella nos guía principalmente con sus ejemplos, ya que ella es toda pura, es *la llena de gracia*, la que no tiene pecado. María Santísima es nuestra estrella del mar, es un faro esplendente, una luminaria que nos guía y nos lleva a Dios, porque en la oscuridad de la noche, sólo ella brilla, sólo ella es toda pura, sin pecado... sólo ella es inmaculada.

Y termina su oración san Bernardo diciendo: *«No te extraviarás si la sigues, no desesperarás si le ruegas, no te perderás si en Ella piensas. Si Ella te tiende su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si Ella te ampara»*.

La Virgen María, en cuanto estrella del mar, es también socorro y ayuda, especialmente para combatir la tentación y salir victorioso de ella. ¿Cuántas veces nosotros, los sacerdotes, escuchamos a la gente decir que no pueden vencer la tentación? ¿Cuántas veces experimentamos nuestra impotencia para dominarnos a nosotros mismos? Es que realmente falta devoción a María Santísima. Si a ella rezamos y acudimos, si en ella pensamos y si bajo su amparo nos acogemos, entonces el camino de la santidad se hace fácil y ligero. Pero sin María Santísima, sin su ayuda, guía y sostén, entonces difícilmente podemos seguir a Jesucristo por el camino estrecho que lleva a la vida.

María Santísima es la *estrella* que nos conduce al Cielo por su ejemplo y socorro. Debemos mirar a ella, debemos meditar su vida, conocer sus virtudes, honrarla y agradecerla, Ella debe estar siempre presente en nuestra mente, en nuestros labios y en nuestro corazón.

**3.** Otro de los bienes que enumera san Luis María, para más convencernos a ser fieles esclavos e hijos de María Santísima, es que esta Madre Celestial nos **defiende**.

---

<sup>2</sup> Comentario al saludo angélico.



Es auxilio y defensa. Claro, ella es ayuda y socorro, guía y consejo, pero además protección, o sea, la que evita que nos aquejen grandes males. Ella es *muralla fuerte, ciudadela inexpugnable*. Ella nos libra de ciertos males de los cuales ni siquiera nos enteramos. «*Así obra María —dice san Luis— esconde a sus hijos bajo las alas de su protección, como una gallina a sus polluelos*» (VD, 210). El polluelo no ve venir al gavilán, sólo ve las alas de la madre que lo cubren y protegen.

Por eso el devoto de María Santísima no debe tener miedo. Así lo dice san Luis: «*¿Temerá, acaso, a sus enemigos quien está defendido por un ejército bien ordenado de cien mil hombres? Pues bien, ¡un fiel servidor de María, rodeado por su protección y poder imperial, tiene aún menos por qué temer! Esta bondadosa Madre y poderosa Princesa celestial enviará legiones de millones de ángeles para socorrer a uno de sus hijos antes que pueda decirse que un fiel servidor de María —que puso en Ella su confianza— haya sucumbido a la malicia, número y fuerza de sus enemigos*» (VD, 210).

Debemos «*poner nuestra confianza en María*» y ella nos protegerá como «*cosa y posesión suya*». Si yo, entregándole mi libertad, le digo «*totus tuus*», «*soy todo tuyo*», entonces Ella como madre fuerte y diligente me protegerá.

San Juan Pablo II fue el hombre del «*totus tuus*», un hombre que hizo de María su alcanzar y lugar de reposo. De aquí que él fuese uno de los hombres más valientes que vio la historia de la humanidad. El ateo marxista Milovan Đilas, uno de los presidentes de lo que fuera la República de Yugoslavia, dijo que Juan Pablo II fue el único hombre que él conoció que no tenía ningún temor, que estaba totalmente libre de todo tipo de miedo<sup>3</sup>. Y esta grandeza de alma que el Papa del Milenio tuvo le venía ciertamente de María Santísima, a quien se había consagrado como esclavo en su temprana juventud.

Quedó aún más patente esta protección amorosa de la Virgen el 13 de mayo de 1981, cuando siendo atacado mortalmente, el santo padre, Juan Pablo II, sobrevivió gracias a la intercesión de María, tal como él mismo lo declaró. El disparo era certero, el asesino era profesional, el momento era ideal, pero la Virgen Madre de Dios, la que es llamada Omnipotencia Suplicante, obró el milagro de proteger a su hijo devoto.

La enseñanza del santo de Montfort, es muy clara. No hay de qué temer si estamos bajo el amparo de María Santísima, si de verdad le somos fieles hijos devotos. Cuando María se vuelve «*recurso ordinario*» (VD, 107), como dice san Luis en otra parte del libro, entonces María es nuestra más segura protección y defensa contra los males del cuerpo, pero sobre todo contra los males del alma, o sea, el pecado. Por eso dice que «*ella conserva a los santos en su plenitud*», es decir, que ella se encarga de hacernos crecer en el amor a Dios y al prójimo. Ella se responsabiliza de hacernos santos, si es que le somos hijos devotos.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.

<sup>3</sup> Cfr. GEORGE WEIGEL, Foreword to JOHN PAUL II, *Teachings for an unbelieving world*, Notre Dame, Indiana, Ave Maria Press, 2019, p. xvii